

Los «otros»

Desafíos de la reconciliación

LAS CLAVES DE LA INDOLENCIA

Los que alguna vez han deseado asomarse a atisbar el futuro de Cuba desde la perspectiva del diálogo y la reconciliación, no han podido dejar de tomar nota de los enormes obstáculos subjetivos —más allá de los económicos— que, como traicionero campo de minas, dejará en herencia el régimen de intolerancia que ha prevalecido en esa Isla desde hace más de cuatro décadas.

El asunto que nos ocupa aquí, sin embargo, no es la indagación acerca de las múltiples razones de por qué la abrumadora mayoría de la población no ha asumido hasta el presente una postura abiertamente contestataria. El foco de estas reflexiones es indagar en las causas de su aparente indolencia ante los abusos de poder ejercidos contra los disidentes, los cuales deberían motivar, más allá de cualquier simpatía o animadversión ideológica, solidaridad humana hacia las víctimas.

Es cierto. La censura es total en un régimen como el que impera en Cuba. Pero hay cientos de miles de personas que tienen acceso a esa información de manera discreta. Son los miles que trabajan en el gulag cubano, así como los familiares, amigos, vecinos y conocidos de los encarcelados por causas políticas y comunes. ¿A qué se debe entonces su aparente insensibilidad? Para adormecer esa sensibilidad humana en el caso de los presos políticos, la élite de poder lleva varias décadas adocrinando a la población en el criterio de que *los otros* —esos que los critican o se oponen activamente a ellos— *son todos* una suerte de subhumanos (*gusanos*) y representan una amenaza al bienestar no sólo de los que están en el poder, sino de todos los ciudadanos. Además, todos esos *gusanos* son, al final, *iguales*. El torturador y asesino del alfabetizador Manuel Ascunce Domenech es, según esa maquinaria de propaganda, igual al poeta disidente Raúl Rivero. Y, según el gobierno, esos disidentes son una amenaza para la población porque

quieren abrir la puerta a un Miami «revanchista» que desea volver para matar, excluir, expropiar casas y cancelar servicios sociales de salud y educación.

Pero más allá del relativo éxito que pueda haber tenido la siembra de infundados temores y prejuicios, si alguien los interrogase el día de mañana por su silencio durante todas estas décadas de represión, dirían, posiblemente de manera sincera —como también dijeron en su momento muchos alemanes, italianos, rusos, argentinos y otros sometidos a regímenes de este corte—, que ellos no son culpables *de nada*, ni sabían nada y que, de haber sabido, tampoco hubiesen podido hacer nada. Por último, dirían que había «una guerra con EE. UU.» y que, pese a su desagrado con lo que ocurría, no deseaban ser percibidos como traidores a su patria, por lo que no estaban dispuestos a hacer nada «que ayudase a sus enemigos». (Algo que también dijeron alemanes e italianos para explicar su actitud una vez concluida la II Guerra Mundial).

No se trata de que ciertos pueblos sean indolentes o criminales. Ninguno lo es *per se* y *cualquiera* puede llegar a serlo en ciertas circunstancias. Este comportamiento de la inmensa mayoría de los ciudadanos de un país sometido a un régimen totalitario en una sociedad cerrada tiene su explicación en los mecanismos institucionales de manipulación psicológica y conducta existentes en esos estados.

TOTALITARISMO Y AUTONOMÍA

Adolf Eichmann amaba a su familia, escuchaba música clásica, tenía un adecuado cociente de inteligencia y no era un psicópata. De no haber ascendido Hitler al poder, probablemente hubiera sido un esmerado empleado de alguna empresa privada o pública, respetado por sus colegas y vecinos. Cuando fue juzgado por haber organizado el sistema de transportación masiva de los judíos a los campos de exterminio, no llegó a comprender a qué se debía aquel alboroto por sus acciones. Él no había decidido la llamada «solución final del problema judío» por sí mismo, ni siquiera había manejado directamente las cámaras de gas y los hornos. Se había limitado a trabajar con eficiencia —y a exigir lo mismo de sus subordinados— para poder cumplir órdenes superiores. Seguramente, cuando entró al patíbulo, se creía víctima de una terrible injusticia y venganza personal del pueblo hebreo contra su persona.

Nunca fue intención de Eichmann convertirse en uno de los verdugos más grandes de la historia cuando integró las filas, junto a cientos de miles de enardecidos conciudadanos suyos, del Partido Nacional Socialista alemán. Hitler había logrado manipular el rencor del sentimiento nacionalista de su pueblo objetivamente humillado por los acuerdos de Versalles, había hecho crecer la economía, les había proporcionado empleos y servicios de educación y salud a todos los alemanes arios, les hablaba de la recuperación de su dignidad, de que nunca más llevarían la cabeza gacha frente al extranjero. Los alemanes cayeron víctimas de su agradecimiento y de un cuidadosamente planificado culto al líder, desarrollado por los mecanismos de manipulación psicológica y de propaganda nazis. La noche que luego conocimos no cayó de pronto sobre Alemania.

Los alemanes comenzaron por perder la autonomía informativa, luego perdieron la autonomía de pensamiento y más tarde la autonomía de acción. La *ciudadanía* dejó de serlo para transformarse en una *masa* bajo la dirección centralizada del «gran líder». La gente aceptó someterse a la obediencia debida a esa autoridad; cumplió ordenes sin cuestionarlas en nombre de la necesaria unidad nacional en condiciones de guerra; calló lo que veía y le disgustaba por igual motivo; rechazó ayudar a las víctimas, por prejuicios y por la percepción deshumanizada y amenazadora que de ellos se les había inculcado desde el poder; denunció a vecinos sospechosos de falta de lealtad patriótica; se enroló voluntariamente en las organizaciones civiles y militares del nazismo; y se cuidaba de no pensar para evitar la posibilidad de luego expresar ideas inapropiadas y peligrosas. Los alemanes quedaron atrapados en la burbuja cultural y política del nazismo que, a su vez, tenía raíces en las tradiciones nacionalistas, en el sentido de dignidad patriótica humillada y en la crisis económica y social que precedió al ascenso de Hitler.

Pero no hay excepcionalidad en el caso alemán. No toda sociedad cerrada se caracteriza por la extrema violencia, pero todas tienen siempre la posibilidad de degenerar en regímenes de desmesurada represión en los cuales participan grupos significativos de su población. No se trata de pueblos sádicos o indolentes, sino de sociedades cerradas que facilitan la instalación de regímenes perversos y criminales que crean las circunstancias culturales y políticas propicias para arrastrar a las personas decentes a acciones que no lo son.

Basados en la manipulación simbólica de la inteligencia emotiva de las personas, los regímenes de sociedades cerradas y totalitarias promueven el temor contra ciertos grupos de población contrarios al poder. Al deshumanizar y demonizar a sus miembros ante los ojos del resto de los ciudadanos, presentándolos como una amenaza a la sociedad, les resulta factible lanzar *las masas* contra ellos. Es por ello que la reconciliación nacional no es tema exclusivo de economistas, juristas y políticos, sino también de psicólogos.

No se trata de comparar gratuitamente y fuera de todo contexto al régimen cubano con los hornos de Auschwitz. El propósito de recordar estos ejemplos extremos es el de contribuir a develar el modo en que actúan los mecanismos de manipulación de la psicología social en sociedades cerradas, para que *las masas* en Cuba puedan dejar de serlo al recuperar su identidad de *ciudadanos* y *prevenir la posibilidad de verse arrastrados a acciones innombrables*. En la prisión de Isla de Pinos no existían hornos crematorios en la década del 60, pero se instalaron cargas de dinamita en su estructura para volarla —con todos los miles de inermes prisioneros que había en ella— de producirse un desembarco enemigo en Cuba. El judío era una no-persona en el Tercer Reich. Era el *otro*. *Pero se les juzgaba y sancionaba según leyes preestablecidas en el territorio soberano e independiente de Alemania, según decían sus autoridades*. ¿Suena familiar?

LA IRRESPONSABILIDAD COLECTIVA

Siempre hubo alemanes, sin embargo, que obraron contra los principios morales de la sociedad nazi y actuaron según valores y principios éticos y/o

religiosos universales. La legalidad y moral imperantes sancionaban negativamente la solidaridad humana con el enemigo. Para ser *ético* en esas circunstancias, era imprescindible actuar de manera *inmoral* en aquel contexto. Esos son los que escondieron y salvaron a miles de víctimas potenciales dentro de aquel régimen de horror o los abolicionistas que asistían a los esclavos en su fuga, atentando contra el principio legal de respeto a la propiedad privada que sobre ellos ostentaban sus amos. Es posible comprender la actitud pasiva y/o colaboracionista de las masas en sociedades cerradas y totalitarias sin que ello implique extender aprobación a sus conductas.

Nos guste o no, los pueblos no están hechos de héroes como pretenden algunos, sino de personas comunes que a menudo esperan al siguiente día a ver si las cosas les van mejor.

No es casual que la élite de poder cubana reaccione de modo virulento contra los disidentes. Lo que les preocupa no es, por ejemplo, la cifra total de activistas directamente afiliados al Movimiento Cristiano Liberación, del ingeniero Oswaldo Payá, sino las más de 25.000 firmas, apoyadas en los datos personales, que esas personas ya han reunido en apoyo del Proyecto Varela. Esa iniciativa ha demostrado que la disidencia puede llegar a despertar a muchos de su letargo cuando la percepción generalizada es que los gobernantes no tienen ningún futuro que ofrecer y sólo ven un problema en cada propuesta de solución. Levantar la bandera del civismo, como hace el Proyecto Varela, equivale a cuestionar un mecanismo clave de control sobre la población y la propia nomenclatura: la organización de la irresponsabilidad colectiva.

Para el «informante» de la policía, la responsabilidad por lo que ocurra luego a los detenidos como resultado de su labor, no es cuestión suya, sino de los jueces. Los jueces creen que su única responsabilidad es aplicar las leyes ya que ellos no las redactaron, pero son las que —les gusten o no— están vigentes. Para quienes redactaron las leyes los maltratos a los presos son cosa de los carceleros, pero para los carceleros son del «alto mando». El periodista oficial no se siente responsable, ni relaciona los desastres de la economía, con el que no haya brindado información veraz y oportuna sobre su estado deplorable. Eso es asunto del director del medio de prensa. El economista cree que no es responsable tampoco por las absurdas políticas que aplica porque fueron decididas por otros en el Consejo de Estado, cuyos miembros, a su vez, se sienten liberados de toda responsabilidad porque un ente inmaterial —la Dirección de la Revolución (concepto abstracto con el que usualmente se identifica a Fidel Castro)— los conminó a que las aprobasen. El reformista sistémico piensa que no puede hacer nada, sino esperar por mejores tiempos y espacios de apertura. El intelectual orgánico cree ser inocente de todo lo que ocurre a su alrededor (y guarda piadoso silencio al respecto), mientras hace un uso parapléjico del marxismo aprendido al reclamar el compromiso radical y la movilización cotidiana «contra toda forma de opresión» a sus colegas en países capitalistas. El trabajador y el estudiante que acuden puntuales a las marchas de repudio a los disidentes frente

a la prensa internacional, no sienten al final de la jornada que han cooperado con el esfuerzo oficial por legitimar la política represiva ni las deshumanizadas condiciones de las penitenciarias nacionales.

Más del 50% de la población cubana nació después de 1959 y su inmensa mayoría no conoce otra realidad que la que experimenta cotidianamente. Sus creencias sobre el pasado y acerca de lo que acontece en otros países, ha sido moldeada por el conjunto de instituciones estatales que monopolizan nacionalmente la producción de información, cultura y mensajes ideológicos uniformes. Desde la infancia hasta la edad adulta, estos cubanos han sido educados en la aceptación acrítica de un conjunto de creencias axiomáticas a través de las cuales interpretan y otorgan significado a lo que les ocurre y rodea.

Muchos olvidan en el exilio que en las sociedades totalitarias y cerradas la vida continúa su curso aparentemente normal, mientras se cometen los abusos contra el sector disidente. Aun dentro de la más irritante escasez, la gente se enamora, se casa, tiene hijos, celebra cumpleaños, baila, colecciona su música favorita, asiste a un concierto o se va de vacaciones. Participar en las marchas y firmar comunicados, asistir a reuniones aburridas y ser parte de sus decisiones unánimes, son componentes molestos, pero aceptados ya como «normales» en el «modo de vida cubano» bajo el socialismo de Estado. Nadie le atribuye importancia alguna a esa pequeña y supuestamente irrelevante complicidad cotidiana con el poder que saben los oprime. Sin embargo, lo comprendan o no, cada vez que se pone el sol en el horizonte cubano, la integridad y el decoro de todas esas personas ha quedado comprometida un poco más con las acciones de un régimen que no están en situación de controlar y que, a menudo, están dirigidas a legitimar medidas crueles contra otros seres tan humanos como ellos mismos.

Pero el que las personas no vean con claridad una alternativa viable a lo que perciben como una realidad agobiante no quiere decir que están conformes con su situación; menos aún que apoyan el status quo. Sólo indica que hasta el presente no ven una fuerza que represente con claridad la promesa de un mejor futuro y que les haya presentado las vías creíbles para alcanzarlo. Ello refleja las debilidades que sufre la oposición frente a la capacidad demoralizadora del régimen respecto a sus enemigos.

¿Aceptarían los ciudadanos las verdades oficiales con igual facilidad si conocieran en detalle las vicisitudes cotidianas que sufre una madre habanera de más de noventa años por su hijo, condenado a dos décadas en prisión por escribir —basándose en fuentes públicas oficiales— textos inconvenientes al poder, y enviado con crueldad deliberada al extremo oriental del país? ¿Se interesarían más por saber si las acusaciones tenían fundamento? ¿Acopiarían el suficiente sentido cívico, en aras de salvar su honor personal y socialista, para demandar a través de las propias instituciones de las que forman parte que se realizara una investigación independiente de las condiciones carcelarias a que ese ser afiliado a los *otros* está sometido? ¿Apoyarían materialmente a los familiares de las víctimas en su calvario? ¿Considerarían honorable ser cómplices tácitos de su innecesario martirologio?

HONOR Y TRAICIÓN

Al celebrarse un importante aniversario de la guerra hispanocubanoamericana, Fidel Castro elogió públicamente el sentido de la disciplina y del principio de «obediencia debida» del almirante Cervera cuando cumplió la estúpida orden venida de Madrid, de sacar su flota de la bahía de Santiago en 1898 para que fuesen hundidos, uno a uno, por la escuadra estadounidense que la esperaba fuera. Menos reconocimiento ha recibido en estos años otro militar español, Federico Capdevila, quien rompió su espada en medio del juicio a los estudiantes de medicina para protestar por su cruel y arbitraria sentencia a la pena capital. Para Capdevila, pese a ser militar como Cervera, el honor de España radicaba en valores éticos que él compartía, y no en la ciega sumisión a sus autoridades. El fusilamiento de los ocho estudiantes de medicina era, a su entender, un acto infame del que no estaba dispuesto a ser cómplice, entre otras cosas, *por su patriotismo*. Ante sus ojos, el crimen enlodaba el honor de la madre patria.

Mientras que Cervera vinculaba su honor al incondicional cumplimiento de órdenes superiores, Capdevila lo entendía, ante todo, como apego personal y nacional consecuente a ciertos criterios éticos. La concepción de Cervera sirve los propósitos del socialismo de Estado cubano, mientras que la de Capdevila —que no rinde culto a la autoridad, sino a la autonomía y responsabilidad individual en defensa de valores éticos universales— le resulta conflictiva a la élite de poder. El Estado cubano puede manipular y controlar la primera noción, pero no podría hacerlo con la segunda.

Aquellos que han sido atrapados por el prejuicio, oficialmente establecido, de que distanciarse críticamente de las políticas en curso es traicionar la Patria e incluso, como creen algunos, «traicionarse a sí mismos», deberían tener en cuenta la lección de honor, coherencia e integridad de Capdevila. Nadie que alguna vez se haya sumado al proceso revolucionario cubano en la esperanza de construir una patria más democrática, participativa y justa puede traicionar ese ideal, la Patria, o su pasado al servicio de ella, por el hecho de enfrentarse a las políticas de un régimen que ha echado a un lado esos ideales en aras de perpetuar en el poder a un reducido grupo oligárquico. Antes que a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, Fidel Castro le debe una explicación a los cientos de miles de cubanos que se afiliaron al Partido Comunista y las organizaciones de masas, en la creencia de que eran una herramienta en la lucha simultánea por la libertad y la justicia social. Ellos tienen derecho a indagar y conocer la verdad sobre todo lo que se hizo en su nombre durante casi medio siglo. Desde el hundimiento y ametrallamiento de embarcaciones civiles desarmadas hasta los métodos abominables empleados por su vasto sistema de prisiones. Es su honra personal la que aquí está en juego. La calidad humana de una sociedad no se mide sólo por la de sus escuelas y hospitales, sino también por el trato que se dispensa a los disidentes y a los inquilinos de sus penitenciarías.

Traicionar a la Patria y traicionarse a sí mismo sería rehusar esa indagación y reflexión honradas para continuar apoyando o coexistiendo con un régimen hoy reprobable, reaccionario y negador de aquellos ideales que motivaron la

adhesión inicial. La élite de poder en Cuba hace demasiadas décadas pretende monopolizar —y así manipular— la identidad progresista y pluralista original de aquel proceso. Como resultado de esa manipulación *todos hemos sido responsables* —en un grado u otro, de una manera u otra, por acción u omisión, por un tiempo más largo o más corto— de lo que ocurre a los *otros* y a *nosotros mismos*.

La inmensa mayoría de los cubanos —vivan hoy en la Isla o fuera de ella— formamos parte alguna vez de uno o más eslabones de esa cadena de indolencias y complicidades tácitas. Sin embargo, las vivas reacciones de asombro o indignación que se suscita en esas personas cuando se les sugiere que no sólo los funcionarios son responsables por la realidad vivida, son sinceras. No se trata de coartadas individuales conscientes. Todos, funcionarios y ciudadanos, de veras *nos creíamos libres de toda responsabilidad y plenamente inocentes respecto al lado escabroso del proceso cubano. Eran «ellos» los que hacían esas cosas que incluso nos disgustaban, no «nosotros».*

Más allá de los controles oficiales, lo cierto —y lo triste— es que la mayor parte de la gente (desde el funcionario hasta el ciudadano de a pie) no parece siquiera *querer saber* lo que ocurre en las cárceles cubanas. Enterarse supondría tener que analizar la posible incoherencia en el ejercicio de sus propios valores y, finalmente, optar por no decir ni hacer nada, o hacerlo arriesgándose a las consecuencias. Hay poca motivación en el ciudadano común para indagar cómo recibir información alternativa sobre lo que le ocurre a los disidentes. No es poca la gente que prefiere escuchar música o una novela, por una estación prohibida de la radio de onda corta, antes que un noticiero que dé cuenta de lo que no dice la prensa nacional. Este fenómeno también está relacionado con otra realidad presente en la sociedad cubana. La gente ha sido sobresaturada de política. No puede absorber mucho más de ella aunque sea de signo contrario. Tiende a desconfiar de toda política y de todo político. Por ello las conclusiones políticas que puedan derivarse indirectamente de un producto cultural tienen más posibilidades de ser asimiladas que cualquier producto propagandístico con un mensaje político directo.

La represión desmesurada contra los disidentes es un recordatorio permanente de las incoherencias éticas de aquellas personas que creen abrazar ideales humanistas, mientras extienden su apoyo incondicional al régimen actual. El conflicto entre las prácticas intolerantes y cruelmente represivas del sistema y los ideales de justicia social por los que alguna vez se sumaron al proceso revolucionario, los induce a recursos psicológicos similares a los de las primeras reacciones de un aquejado de cáncer cuando el médico le informa de su estado. Negar la realidad acomoda la mala conciencia y por ello esas personas son dadas a aceptar, de algún modo, el argumento oficial de que *todos* los disidentes son personas oportunistas e hipócritas que persiguen su propio beneficio y son siempre manipuladas por otras fuerzas externas cuestionables. Aceptar esos presupuestos del gobierno genera pretextos ante su propia conciencia para evitar cumplir con el deber ético —y hacer el esfuerzo honrado— de intentar enterarse por sí mismas de lo que *realmente* ocurre.

LA POLÍTICA DEL MIEDO

Hay quien se interroga con razón acerca de cómo es posible que individuos que no tuvieron temor para enfrentar otras situaciones de mortal peligro — como combatir la dictadura de Batista—, se paralicen, sin embargo, ante la perspectiva de enfrentar políticamente a las actuales autoridades, ni tan siquiera proponiendo reformas al sistema dentro de la legalidad vigente como es el caso del Proyecto Varela. ¿Qué clase de miedo es ese y de dónde proviene? Una respuesta plausible parece radicar en la capacidad de la que han gozado los agentes del Estado hasta ahora, para penetrar —cuando no los crean ellos mismos— esos grupos disidentes y actuar contra ellos cuando lo entiendan oportuno. La posibilidad de caer en una trampa tendida por la policía política seguramente desalienta los contactos con ese sector.

Pero acusar —desde el exilio— de cobardes a los cubanos residentes en la Isla es, además de superficial, poco autocrítico. El miedo es una condición humana que se hace presente en cualquier persona bajo ciertas circunstancias. ¿Acaso no tienen miedo a expresarse libremente muchos exiliados por temor a que el gobierno de Cuba los ponga en una lista negra y les niegue el permiso de entrada para visitar familiares? ¿No hay acaso académicos exiliados que han tenido miedo de decir públicamente lo que piensan, por el temor de perder el acceso a la Isla y la cooperación con instituciones de allá que les propicia donaciones a los proyectos de sus universidades y organizaciones? Podría decirse aquello de que tire la primera piedra quien esté libre de pecado. La omnipresencia del Estado totalitario —con el cual no contaba Batista— explica su potencial intimidatorio, al tener la capacidad de represalia sobre todos los aspectos de la cotidianidad cubana.

Otra razón no menos importante para comprender el comportamiento del ciudadano de a pie en la Isla ha sido la capacidad estatal para arrancar de un tirón, en cuestión de horas, la identidad social y *el significado de la vida* pasada de cualquier ciudadano. El juicio y fusilamiento de Arnaldo Ochoa, Héroe de la Patria, corroboró el apotegma de que «si bien en el capitalismo nadie tiene su futuro asegurado, en el socialismo nadie puede asegurar su pasado». El régimen ha secuestrado su identidad y el significado de sus vidas después de más de cuatro décadas de entrega total al frustrado esfuerzo por materializar los ideales de la Revolución de 1959. La democratización de la sociedad cubana pasa primero por un acto emancipatorio que sólo puede darse al nivel íntimo e individual. Las personas necesitan realizar un ejercicio de introspección: analizar las motivaciones que tuvieron para sumarse al proceso revolucionario y el momento en que perdieron todo control sobre aquel y sus propias vidas, para valorar si el apoyo que todavía extienden a las autoridades equivale a apoyar aquellos ideales o, de hecho, a traicionarlos.

Pensar «por cuenta propia» es un ejercicio peligroso en un régimen de esta naturaleza porque hacerlo propicia una crisis de conciencia de la cual sólo puede emerger el individuo liberado o presa de una cínica desmoralización si no encuentra luego el valor para «vivir en la verdad». De todos los «cuentapropismos» es ese el más perseguido y hostigado en Cuba. Por ello

son muchas las personas que prefieren alejar de su mente «los malos pensamientos» que pueden meterlas en problemas o hacerlas sentirse mal consigo mismas cada vez que las ineludibles realidades cotidianas interroguen su comportamiento. Indagar si la Revolución continúa existiendo realmente o si pereció hace décadas, a manos de su máximo líder, enfrentaría a las personas sinceras con una insalvable crisis de identidad en torno a la interrogante: ¿Cuáles ideales son los que en realidad vengo sirviendo al continuar apoyando, aunque tan sólo sea por superficial inercia, al actual sistema que prevalece en Cuba? Por otro lado, buscar fuentes de información alternativas que permitan cotejar hechos y puntos de vista supone acercarse a personas y organizaciones clasificadas como «enemigas» por el poder. Esto comporta riesgos que pocos se arriesgan a correr.

La gente —funcionarios y ciudadanos de a pie— tiene *miedo* de pasar de ser uno más de *nosotros* a ser uno más de *los otros*. Tienen miedo de dejar de ser personas para pasar a la condición social de *no-persona* que define a *los otros*. Derechos consagrados en la propia constitución socialista como el de tener acceso gratuito a las universidades, o el de poder desempeñar cualquier empleo y cargo de responsabilidad, pueden ser retirados a las *no-personas* y sus familiares sin que le tiemble el pulso a ningún miembro del supuesto poder judicial. Aquí se cumple aquello que decía una vieja canción de que «la gente pasa y se mira con miedo». Pero, con relación a las *no-personas*, a *los otros*, la gente incluso evita pasar por su lado o acercarse a sus familiares. Si, por ejemplo, «las universidades son sólo para los revolucionarios» no queda más remedio que considerar que las amistades sólo pueden establecerse entre ellos. Cuba, país cuya cotidianidad está totalmente estatizada de manera directa o indirecta, es por ello una sociedad en gran parte endogámica desde el punto de vista ideológico.

PENSAMIENTO CRÍTICO Y EMANCIPACIÓN

Sin embargo, las ideas más genuinamente subversivas para un régimen como el cubano no son aquellas que se limitan a promover un ideario de derechas o uno de izquierdas, uno socialista o uno liberal, sino las que sustituyen un proceso metodológico de pensamiento dogmático y dependiente por uno crítico y autónomo.

La transformación más radical, profunda y permanente se produce cuando se pasa de procesos de pensamiento y aprendizaje impuestos para facilitar la manipulación y opresión de las personas —desde la izquierda o la derecha— a aquellos otros de naturaleza autónoma y emancipatoria. Lo verdaderamente *socialista* —y genuinamente *liberal*— no es adoctrinar y azuzar a los individuos «de izquierda» contra los «de derecha», o viceversa, sino facilitar que las personas adquieran hábitos de pensamiento crítico y autónomo, y desarrollen habilidades para el diálogo, a fin de que de ese modo puedan ser capaces de juzgar, por sí mismas, el valor y las consecuencias de las ideas que eventualmente lleguen a abrazar más allá de toda etiqueta ideológica.

Pero la llamada «batalla de ideas» lanzada por la élite de poder en Cuba concibe la cultura política como un campo de guerra en el que se enfrentan dos sistemas dogmáticos de adoctrinamiento ideológico. Y en un campo de guerra no hay ningún *adversario* de quien podamos aprender algo, sino sólo *enemigos* que hay que *aplastar*. Esa es siempre la lectura de los autoritarios a la izquierda o a la derecha del espectro político. Los genuinos demócratas tienen otra comprensión del problema que no pasa por el «aniquilamiento del *enemigo*», sino por el diálogo con los *adversarios políticos*.

Es por todo lo anterior que podría asegurarse que lo que puede realmente acelerar los procesos de transformación de la identidad (o sea, la transformación del contenido y alcance de conceptos tales como «nosotros» y los «otros» en el imaginario social del ciudadano de a pie), y del proceso de transición a la democracia, no es la intensificación del esfuerzo de propaganda de signo ideológico inverso, sino el fortalecimiento de la autonomía de pensamiento ciudadano mediante productos culturales reflexivos y la puesta en marcha de iniciativas de *aprendizaje emancipatorio* con técnicas de pensamiento crítico y diálogo.

La formación de hábitos autónomos de pensamiento crítico supone el entrenamiento en tres habilidades básicas:

- A] ser capaces de identificar y cuestionar los presupuestos, creencias y prejuicios que moldean nuestras percepciones y determinan nuestras acciones;
- B] poder comprender y cuestionar el modo en que opera el contexto social e institucional que produce tales presupuestos, creencias y prejuicios con la intención de controlar nuestros pensamientos y acciones, y
- c] tener la capacidad de imaginar, descubrir y explorar ideas y caminos alternativos a los que se han seguido hasta entonces desde el punto de vista de nuestras ideas y acciones.

En sociedades cerradas como la cubana, no se trata simplemente de comunicar información alternativa, como pueden pensar muchos, sino de aportar también *junto a ella* los elementos básicos para que el receptor pueda hacerse de un pensamiento crítico y autónomo. Se trata de comunicar técnicas para el autoaprendizaje que permitan al receptor comprender en lo adelante, cómo se producen y manipulan las ideas y percepciones en el contexto cubano; cuáles son los mecanismos psicológicos que entran en juego en los programas de deshumanización del *otro* ante sus ojos. Se precisa, ante todo, construir con urgencia barreras de autonomía mental que interrumpan los procesos de manipulación y quiebren la falsa obediencia debida respecto al llamado a realizar graves violaciones de derechos humanos, como los de aquellos actos violentos ocurridos en el pasado u otros peores.

El carcelero debe aprender a decir «no» cuando le ordenen cometer un abuso. El fiscal debe aprender a decir «no» cuando le exijan encausar a un acusado que sabe inocente. El juez debe saber decir «no» cuando le ordenen prestarse a una farsa judicial. Y el exilio debe seguir aprendiendo también —mucho ha avanzado desde los intolerantes años setenta— a decir «no» cuando alguien de su propia comunidad, o desde Washington, intenta manipular sus heridas

y traumas con fines electorales o para convocarlo a posiciones intolerantes y acciones aborrecibles contra personas que no comparten su credo. Los «actos de repudio» carecen siempre de justificación y resultan rechazables en cualquier circunstancia, pero mientras ellos emergen de manera continua y casi «natural» en un contexto cerrado y totalitario como el cubano, su persistencia como tradición política del exilio no tendría explicación plausible en una sociedad abierta. Es monstruoso, pero «natural», que un gobierno totalitario orqueste la violencia callejera contra un disidente. Es una aberración —aunque resulte *explicable* por su traumatizado pasado— el que una comunidad exiliada en una sociedad abierta emplee la violencia contra sus propios disidentes. Pero *explicable* no equivale a *aceptable*.

DÍALOGO Y RECONCILIACIÓN

Un par de comentarios finales acerca del *diálogo*, esa herramienta imprescindible que deberá aprenderse y ejercitarse desde ahora si se desea realmente alcanzar un día la reconciliación nacional.

El primer comentario es que los participantes en cualquier diálogo son siempre personas que exhiben una gran diversidad de creencias, valores, experiencias y conocimientos. El único motivo que puede impulsarlas a reunirse es el que comparten, pese a ello, tres presupuestos básicos: [A] la percepción de que la realidad presente puede y debe mejorarse; [B] la convicción de que ninguna de las partes podría lograr ese cambio por sí sola, y [C] la comprensión de que para que los acuerdos perduren deben ser percibidos como un compromiso alcanzado por genuino consenso y no como el resultado de una negociación asimétrica en que una parte pudo —dada la coyuntura— imponerse sobre la otra, y el perdedor espera nuevas oportunidades para escabullirse de lo acordado. Un diálogo puede, sin embargo, dar lugar a posteriores negociaciones para pactar detalles sobre un esquema general ya consensuado.

Un *diálogo* es un proceso que sólo puede darse aceptando el *principio de corresponsabilidad* ante un objetivo determinado que las partes consideran compartido pese a sus diversas creencias, percepciones y valores en conflicto. En un diálogo puede haber *adversarios*, pero no *enemigos* a quienes es necesario *aniquilar*.

Para dialogar es necesario comprender que otros tuvieron experiencias existenciales diferentes y posiblemente traumáticas que marcaron su vida y pensamiento. Asumir esta actitud supone echar a un lado los estereotipos con que usualmente clasificamos y juzgamos a nuestros interlocutores. Se hace necesario verlos y entenderlos, no como meros símbolos de aquellas instituciones a las que pertenecen, sino como seres humanos con quienes deseamos identificar objetivos comunes en el futuro. *Simpatía* y *empatía* no son términos equivalentes. En un diálogo puede prescindirse de la primera, pero nunca de la segunda.

El segundo comentario es que para conducir un diálogo de manera exitosa no sólo es necesario que las partes hayan arribado a la *sincera* conclusión de que comparten un determinado objetivo que sólo juntas pueden alcanzar.

También es preciso que reconozcan que tienen diferencias sustantivas sobre *cuándo* pueden alcanzarse los cambios que se proponen, *hacia dónde* deben marchar los mismos y *de qué manera* pueden alcanzarlos con mayor eficacia. Saber reconocer y respetar esas diferencias —al tiempo que se trabaja en pos del objetivo común con sentido de *corresponsabilidad*— es condición *sine qua non* para poder llevar el esfuerzo conciliatorio a puerto seguro. Por ello se hace necesario el establecimiento de códigos éticos compartidos referidos a la definición clara de las expectativas y objetivos que se persiguen con el diálogo, las reglas de procedimiento para el desarrollo del proceso y las normas de comportamiento que aseguren el respeto recíproco de los involucrados.

El valioso informe *Cuba: la reconciliación nacional*, realizado por un grupo de cubanos de las más disímiles tendencias ideológicas que trabajó bajo la dirección de la socióloga Marifeli Pérez-Stable y fuera auspiciado por Florida International University (FIU) es un primer paso en ese sentido.

Una coda. Hace años, en un viaje a EE. UU., cuando el autor de este texto vivía aún en Cuba, pude reencontrarme con una querida amiga de escuela que marchó a aquel país gracias a la Operación Peter Pan. Su esposo, más o menos de mi edad, la acompañaba y escuchaba ensimismado las anécdotas de mis peripecias a lo largo de todos aquellos años de peligros y movilizaciones militares. Cuando, cortésmente, indagué por su propia historia me dijo que había hecho muchas cosas similares, pero del otro lado de las barricadas. Se hizo un silencio. Ambos comprendimos que pudimos habernos matado en alguna confrontación de aquellos tiempos. El día de mi partida me llamó al hotel insistiendo en recogerme y llevarme al aeropuerto, pese a que yo disponía de transporte propio para ello. Accedí intrigado. Vino solo. De camino hacia el aeropuerto de Miami me dijo súbitamente: «Necesito pedirte un favor que puede parecerle pueril, pero para mí tiene gran importancia». Asentí con la cabeza. «Quiero estrechar tu mano. Tú simbolizas a todos contra los que luché por la vía armada. Ahora creo en la paz y en el diálogo para superar nuestras diferencias. Darte la mano es liberarme de mi propio odio, del rencor por mis compañeros caídos, y hacer posible la futura hermandad contigo y otros como tú». Nos abrazamos. Me di cuenta de que *los otros* eran como nosotros, sólo que habían escogido caminos diferentes. Nunca olvidé la lección de coraje y decencia que me dio aquel que antes fuera mi enemigo. Cambió mi perspectiva. La reconciliación es un acto de valentía, no de claudicación. Aquella mañana él no renunció a sus ideales, sino al odio. Confío en que muchos más —a ambos lados de las barricadas— lleguen a entenderlo.